

POESÍA
ALMA DEL MUNDO (*)

Mario Benedetti

Hace un par de años, el crítico español Rafael Conté señalaba que en España el mercado poético es pequeño, casi inexistente, y se refugia entre los poetas y profesores, ya que los medios de comunicación expulsan de su seno a la poesía. Y agregaba: “Y sin embargo, sin la poesía no hay nada. Los surrealistas se adelantaron a la vanguardia, los poetas latinoamericanos al *boom* de la nueva novela de aquel continente, los poetas sociales españoles a la narrativa social y los novísimos a la nueva novela.”

No obstante, es paradójicamente esa indefensión profesional que señala el crítico la que tal vez otorgue más independencia al autor de poesía que a los cultores de otros géneros. Al menos no es frecuente que el poeta tenga editores que lo apremien ni tentadoras ofertas que lo perturben. Es cierto que, ante esa falta de eco, el poeta corre el riesgo de que lo invada el tedio, pero no hay que olvidar que, como escribió Bergamín, “el aburrimiento de la ostra produce perlas”.

En la poesía puede haber invención, no autoengaño; puede haber influencia, no contagio. Es el género de la sinceridad última, irreversible. En los géneros narrativos, la simulación, la ambigüedad, el artificio y hasta las trampas, pueden llegar a ser virtudes literarias, porque allí es todo un mundo el que se corporiza y canaliza, y en consecuencia la diversidad es poco menos que una ley de su entramado artístico. En cambio, tales rasgos no siempre se corresponden con la poesía. No hay veredicto en profundidad sin concurrencia de la poesía. La marginalidad a que se la somete le otorga una libertad incanjeable. La poesía no acepta esa exclusión y se introduce, con permiso o sin él, en la trama social. Quizá no sepa pormenorizar los odios descomunales, como hace inme-

(*) *El primer discurso, “Poesía, alma del mundo”, fue pronunciado por su autor con motivo de la recepción del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en su VIII convocatoria (noviembre de 1999). El discurso que figura a continuación, “Nombrar las cosas”, lo leyó Mario Benedetti unos días antes, en el mismo Palacio Real, al presentar su antología poética “Los espejos y las sombras”. Ambos discursos fueron publicados por Visor (Madrid, diciembre de 1999) en una edición de 300 ejemplares fuera de comercio.*

JORABLEMENTE la novela, pero en cambio construye con pericia los arabescos y las filigranas del amor. Ni la novela ni la poesía morirán, pero sus rumbos son diversos. Si a la novela la llevan en andas, la poesía, en cambio, ha aprendido a valerse por sí misma: a preguntar, aunque nadie le responda; a responder, aunque nadie le pregunte,

Por otra parte, en tanto que la actual poesía española suele aparecer como muy segura de sus rasgos distintivos, de sus fobias y afinidades electivas, la que se escribe en América Latina sigue incansablemente buscando su identidad. Todo ello puede hacer que se la identifique como insegura u oscilante, pero también le otorga un dramatismo y una tensión interna que constantemente la despabilan y no la dejan anquilosarse en la monotemática o en el remanso del escepticismo.

Hace más de medio siglo el nicaragüense Joaquín Pasos metaforizaba esa contradicción: “Somos la tierra presente. Vegetal y podrida. / Pantano corrompido que burbujea mariposas y arco iris. / Donde tu cáscara se levanta están nuestros huesos llorosos, / nuestro dolor brillante en carne viva, / oh santa y hedionda tierra nuestra, / humus humanos.” El mexicano José Emilio Pacheco lo decía a su modo: “A todas partes vamos a no volver”, y Claribel Alegría al suyo: “¿Estaré sola ante la muerte? Todas las mañanas lo sabré.” Y no falta un Jaime Sabines para tomar el tema con las pinzas de la ironía: “Cuando tengas ganas de morirte no alborotes tanto: muérete y ya.”

La realidad es, en cierto sentido, fundación de la palabra, pero a su vez esta (tal como sostiene Carlos Fuentes al hablar de Carpentier) es “fundación del artificio”. La realidad condiciona el ánimo, y este, al generar la palabra, expurga la realidad; pero la expurga modificándola, haciéndola más brutal o más etérea, menos rampante o más soterrada, o sea imaginándola, y convirtiéndola, al imaginarla, en otra realidad que es artificio.

¿Y los poetas? ¿Qué hacen con la realidad? Es cierto que hasta no hace mucho la nombraban bastante menos que los prosistas. En general, los narradores parecen haber adquirido un abono o pase libre para transitar libremente por la realidad. No solo la nombran sino que la describen y registran; cuando conviven con ella, se sienten como en su casa y, ya que son fabricantes de ficciones, la pueden modificar sin pedir permiso. El novelista es sobre todo un inventor de realidades y, solo en segunda instancia, un inventor de palabras.

Los poetas, en cambio, cultivan las palabras con delectación, pero no como lujos verbales ni reverberos gratuitos; las cultivan porque constituyen la base de su juego o de su desafío. María Zambrano escribió que, cuando “surge la materialización, azote de nuestro tiempo [...] la poesía ha de atajarla con su cuerpo, dando el cuerpo de la palabra en el poema”.

O sea que el poeta ejerce un cuidado corporal de la palabra; solo así esta podrá dar lo mejor de sí misma.

Los poetas no nombraban demasiado la realidad, pero ahora sí la nombran. El notorio desarrollo de la poesía conversacional ha tenido una consecuencia sorprendente: los poetas se han acercado peligrosamente a su contorno, su palabra se ha contagiado de realidad y esa relación ha establecido un inesperado puente entre autor y lector.

Es en la actual poesía latinoamericana donde la realidad aparece más y mejor ligada a la palabra y donde esta asume, sin aspavientos y con sencillez, su responsabilidad esclarecedora y comunicante. Pero ¿tendrá razón cierta tendencia a cautelar de la crítica cuando presupone que la infiltración de la prosa en el sagrario de la poesía puede desactivar en esta última las tensiones internas, el uso casi hipnótico de la palabra, las santabárbaras de la magia, la liturgia de la soledad? Quizá. No obstante, conviene recordar que cada texto tiene su contexto y a él se vincula. Un texto de hoy no solo se origina en las tensiones internas del creador; también puede emanar del subsuelo de la calma o de las a menudo feroces tensiones de la realidad.

Por otra parte, ¿cómo negar que hay una magia de lo cotidiano, una liturgia de lo comunitario? La realidad es un territorio por el cual casi inevitablemente el novelista pasa, pero en el cual casi nunca se queda. Una vez que se impregna del aire real, del tacto real, del suelo real, una vez que recarga allí sus baterías, procede a invadir otros territorios, donde habrá de crear otro aire, otro aroma, otro tacto, otro suelo, forzosamente contagiados de lo real, pero que no serán lo real.

El poeta es tal vez menos pragmático. Cuando pasa por la realidad, esta suele rozarlo, aludirlo, convocarlo, acusarlo, indultarlo. Para el poeta la realidad es una malla de sentimientos. Y no siempre puede librarse de esa red. Transitoria o definitivamente, permanece en ella, no como un cautivo, sino como alguien que busca ser interrogado, convocado, escuchado, querido.

No obstante, este enredado y turbador fin de siglo, que da por concluida la historia, que decreta el fin de las ideologías y anuncia la muerte de las utopías, y que, en cambio, permanece indiferente ante la destrucción de los espacios verdes y la contaminación del aire que respiramos, este casi neurótico fin de siglo, es atravesado de Este a Oeste por una corriente sobrecogedoramente frívola. Los Grandes Capitales lanzan sus campanas a vuelo, mientras desde la historia (esa que, según dicen, ya no existe), Pirro los contempla con clarividente tristeza.

Como lógica consecuencia, la palabra es convocada para otros menesteres, por ejemplo para nombrar las nuevas selecciones sémicas:

interdealers, macroeconomía, *front-end*, reestructuración, *stand-still*, desaceleración, etcétera. La palabra recibe la orden de no pasar más por la Magia sino por la Caja.

Por otra parte, al sentimiento le han colgado una nueva etiqueta: es *kitsch*, esa palabra que inventaron los alemanes para designar lo que es de mal gusto, de pacotilla. Milan Kundera ha sido distinguido como abanderado de esa descalificación y quizá por eso su levedad me resulta insoportable. No obstante, en América Latina el sentimiento todavía sobrevive. Será de pacotilla, pero sobrevive. En forma de amor, de solidaridad, de simple afecto, pero sobrevive. Hasta un poeta tan lúcido y riguroso como el mexicano José Emilio Pacheco no tuvo reparos en presentar uno de sus poemas como un *Homenaje a la cursilería*, y el argentino Manuel Puig elevó el *kitsch* a categoría de arte en su novela *Boquitas pintadas*.

Una y otra vez José Hierro nos convoca: “Volvamos a la realidad.” Y es un sabio consejo. Podemos irnos con las palabras, soñar con las palabras, sufrir con las palabras, desfallecer con ellas, pero una y otra vez debemos volver a lo real, para renovarlas y renovarnos. “La literatura es trágica”. escribió hace vanos lustros el novelista argentino Juan José Saer, y lo es “porque recomienza continuamente, entera, poniendo en suspenso todos los datos del mundo”. Hoy quizá podríamos agregar que en América Latina es sobre todo la poesía, como cuenca esencial de su literatura, la que pone en suspenso los tristes, agobiantes, demoleedores datos del mundo. Y mientras este se detiene a revisarlos y tal vez a clonarlos, ella, la poesía, alma del mundo, vuelve a inventar y a recorrer sus itinerarios, no por las grandes autopistas del consumismo paradigmático, sino por los modestos andurriales de su bien ganada libertad.

Bostezo

¿No te aburre asistir a esta sequía
de los sentimientos? ¿a esta
chafalonía de los vencedores?
¿al promesario de los púlpitos?
¿al fuego fatuo de los taumaturgos?
¿al odio de los viscerales?
¿no te empalagan los alabanceros?
¿la caridad de los roñosos?
¿el sesgo irónico de las encuestas?
¿los mentirosos constitucionales?
¿no te amola el zumbido de los frívolos?
¿las guasas del zodíaco?
¿el vaivén de la bolsa?
¿no te viene el deseo irreprimible
de abrir la boca en un bostezo espléndido?
pues entonces bosteza / hijo mío / bosteza
con la serenidad de los filósofos
y la cachaza de los hipopótamos

No te salves

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca
no te salves
no te llenes de calma
no reserves del mundo
solo un rincón tranquilo
no dejes caer los párpados
pesados como juicios
no te quedes sin labios
no te duermas sin sueño
no te pienses sin sangre
no te juzgues sin tiempo

pero si
 pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
solo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
 entonces
no te quedas conmigo

NOMBRAR LAS COSAS

Al igual que en otras regiones del mundo, y dentro del ya bastante marginado quehacer literario, la poesía sigue siendo, en América Latina, un rubro periférico. Es verdad que, como sugiere un título del poeta cubano Eliseo Diego, tarea primordial del poeta es nombrar las cosas. El problema es que las cosas rara vez se enteran de que son nombradas o, si se enteran y responden, entonces lo hacen, como sugiere el mexicano José Emilio Pacheco, con “el polvo, ese lenguaje / que hablan todas las cosas”.

Tengo la impresión de que la poesía que hoy se escribe en América Latina, y aun la que se había desarrollado a partir de la eclosión de las vanguardias, es bastante menos homogénea que la que actualmente se publica en España. Y la veo menos atenta a las modas. (“Morir y nacer / como un martillo”, propone Juan Gelman en una suerte de arte poética.) A primera lectura esta situación puede dar una impresión de caos (y de caos tercermundista, no faltaba más); sin embargo, la inarmonía constituye algo así como su peculiaridad y también su fortuna.

Sin embargo, la aventura solidaria permite sacarle alguna ventaja a la soledad. El poeta nicaragüense Ernesto Cardenal resuelve esa angus-

tía privada en términos casi cósmicos: “El universo es condensación (...) Un electrón nunca quiere estar solo”. Agreguemos que el hombre, ese positrón gigante, desmesurado, que además se sabe pequeño e insignificante, tampoco quiere estarlo.

Es probable que, para asimilar tan extraña emulsión de temas y problemas, sea preciso admitir, antes que nada, el peso evidente que en América Latina tienen el contexto, la realidad. El mestizaje de realidades viene de lejos. No hay que olvidar que en los años treinta el poeta brasileño Oswald de Andrade creó (y aplicó) su teoría de la *antropofagia*, nombre con el que designó “la aceptación no pasiva, sino bajo la forma de una *devoração* crítica de la contribución europea, y su transformación en un producto nuevo, dotado de características propias, que, a su vez, pasaba a tener una nueva universalidad, una nueva capacidad de ser exportado a todo el mundo” (la cita es de Haroldo de Campos). Pues bien, de alguna forma, esa operación cultural se correspondía con el deseo profundo de comunicación que experimentaba el Brasil de esa época.

Hoy buena parte de la crítica europea vive el horror a la mera palabra “compromiso”, y de a poco va contagiando esa repulsa a una porción de la crítica periodística latinoamericana, que ha aprovechado la oleada posmodernista para quedar bien con Dios y sin el diablo. Por otra parte, este movimiento que da la espalda a la historia y augura la muerte de las ideologías, en realidad tendría que ser llamado Posmodernismo II, ya que en América Latina tuvimos en su oportunidad un Posmodernismo I, que se desarrolló en un breve lapso (1905-1914) y fue especialmente usado por Federico de Onís en su célebre *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934), donde ya se anticipó que el posmodernismo significaba una reacción conservadora.

Para buena parte de los medios de comunicación y de los críticos de sostén, tanto de España como de América Latina, el compromiso es abyecto solo cuando tiene signo progresista; en cambio, es muy cumplimentado y difundido cuando se afilia a las tendencias políticas más conservadoras, ya sean las ostensibles o las encubiertas, que en ambos casos proporcionan amparo.

No obstante, así como los procesos políticos e ideológicos se cruzan, influyéndose, provocándose y estimulándose en sus respectivos desarrollos, así también se cruzan y se relacionan dialécticamente las generaciones literarias y las tendencias individuales: los mamotretos de León de Greiff con los mitos en miniatura de Montes de Oca; el sencillismo de Baldomero Fernández Moreno con las aventuras sigilosas de Lezama Lima; el lenguaje abierto de González Tuñón con el hermetismo crítico de Octavio Paz; la desolada visión del mundo de Idea Vilariño con el

incurable optimismo de Paco Urondo; las preguntas en minúscula de Juan Gelman con las mayúsculas minimizadoras de Antonio Cisneros. Es probable que todas esas inusitadas y convergentes divergencias deriven de una primera y fundamental: la del Pablo Neruda, que seducía la palabra, y la del César Vallejo, que sencillamente la violaba.

Fue nada menos que Pablo Picasso, hoy justamente admirado por tirtios y troyanos, quien escribió lo siguiente: “¿Qué creéis que es un artista? ¿Un imbécil que no tiene más que ojos si es pintor, que oídos si es músico, que una lira en cada compartimiento del corazón si es poeta? No, el artista es también un ser político, alguien que siempre está alerta ante los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, sean desgarradores, ardientes o dulces, y que, a partir de ellos, se configura por completo a sí mismo. ¿Cómo es posible desinteresarse de los demás? ¿En función de qué olímpica indiferencia podría ser posible apartarse de una vida que los demás nos aportan con tal abundancia?”

No hace mucho, una compatriota que ejerce la crítica me escribió desde Montevideo: “En Europa el posmodernismo puede ser una moda; aquí en cambio sería una obscenidad.” A nuestros posmodernos de segunda mano, tal vez podría aplicárseles una aguda evaluación que José O. Jiménez acuñó para otras formas de inautenticidad: “Escriben poesía para demostrar que no se puede escribir poesía.” Y, sin embargo, se puede.

Los mejores poetas de América Latina, orfebres o existenciales, atentos al mundo o a su ombligo, irónicos o entrañables, herméticos o comunicantes, han creado y siguen creando la gran metáfora de un mundo nuevo. “Pero escribí y me muero por mi cuenta /porque escribí porque escribí estoy vivo”, escribió el chileno Enrique Lihn poco antes de morir por su cuenta.

Volvamos, pues, a la original tarea que Eliseo Diego nos asignó a los poetas: nombrar las cosas. Nombrarlas, por supuesto, en nuestro fuero interno, donde se pulen y se tonifican, se enternecen o se blindan, se afean o se embellecen, hasta que al fin las convertimos en palabras y las abandonamos a su suerte.

Para concluir, y como una muestra de mi particular modo de nombrar las cosas, leeré cuatro poemas, correspondientes a cuatro distintas épocas:

Los Formales y el frío

Quién iba a prever que el amor
ese informal
se dedicara a ellos tan formales
mientras almorzaban por primera vez
ella muy lenta y él no tanto
y hablaban con sospechosa objetividad
de grandes temas en dos volúmenes
su sonrisa la de ella
era como un augurio o una fábula
su mirada la de él tomaba nota
de cómo eran sus ojos los de ella
pero sus palabras las de él
no se enteraban de esa dulce encuesta

como siempre o como casi siempre
la política condujo a la cultura
así que por la noche concurrieron al teatro
sin tocarse una uña o un ojal
ni siquiera una hebilla o una manga
y como a la salida hacía bastante frío
y ella no tenía medias
solo sandalias por las que asomaban
unos dedos muy blancos e indefensos
fue preciso meterse en un boliche

y ya que el mozo demoraba tanto
ellos optaron por la confidencia
extra seca y sin hielo por favor
cuando llegaron a su casa la de ella
ya el frío estaba en sus labios los de él
de modo que ella fábula y augurio
le dio refugio y café instantáneos

una hora apenas de biografía y nostalgias
hasta que al fin sobrevino un silencio
como se sabe en estos casos es bravo
decir algo que realmente no sobre

él probó sólo falta que me quede a
dormir
y ella probó por qué no te quedás
y él no me lo digas dos veces
y ella bueno por qué no te quedás

de manera que él se quedó
en principio
a besar sin usura sus pies fríos
los de ella
después ella besó sus labios los de él
que a esa altura ya no estaban tan fríos
y sucesivamente así
mientras los grandes temas
dormían el sueño que ellos no durmieron

(1974)

Quiero creer que estoy volviendo

Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sombra y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y solo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente

vuelvo y se distribuyen mi jornada
las manos que recobro y las que dejo
vuelvo a tener un rostro en el espejo
y encuentro mi mirada

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña
y el puente de la duda

me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve
por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios

un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo
que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende

(1984)

Una mujer desnuda y en lo oscuro

Una mujer desnuda y en lo oscuro
tiene una claridad que nos alumbra
de modo que si ocurre un desconsuelo
un apagón o una noche sin luna
es conveniente y hasta imprescindible
tener a mano una mujer desnuda

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera un resplandor que da confianza
entonces dominguea el almanaque
vibran en su rincón
las telarañas
y los ojos felices y felinos
miran y de mirar nunca se cansan

una mujer desnuda y en lo oscuro
es una vocación para las manos
para los labios es casi un destino
y para el corazón un despilfarro
una mujer desnuda es un enigma
siempre es una fiesta descifrarlo

una mujer desnuda y en lo oscuro
genera una luz propia y nos enciende
el cielo raso se convierte en cielo
y es una gloria no ser inocente
una mujer querida o vislumbrada
desbarata por una vez la muerte

(1986)

Despáblate amor

Bonjour buon giorno guten morgen
despáblate amor y toma nota
solo en el tercer mundo
mueren cuarenta mil niños por día
en el plácido cielo despejado
flotan los bombarderos y los buitres
cuatro millones tienen sida
la codicia depila la amazonia

buenos días good morning despáblate
en los ordenadores de la abuela onu
no caben más cadáveres de ruanda
los fundamentalistas degüellan a
extranjeros
predica el papa contra los condones
havelange estrangula a maradona

bonjour monsieur le maire
forza italia boun giorno
guten morgen ernst junger
opus dei buenos días
good morning hiroshima

despáblate amor
que el horror amanece.

(1994)